

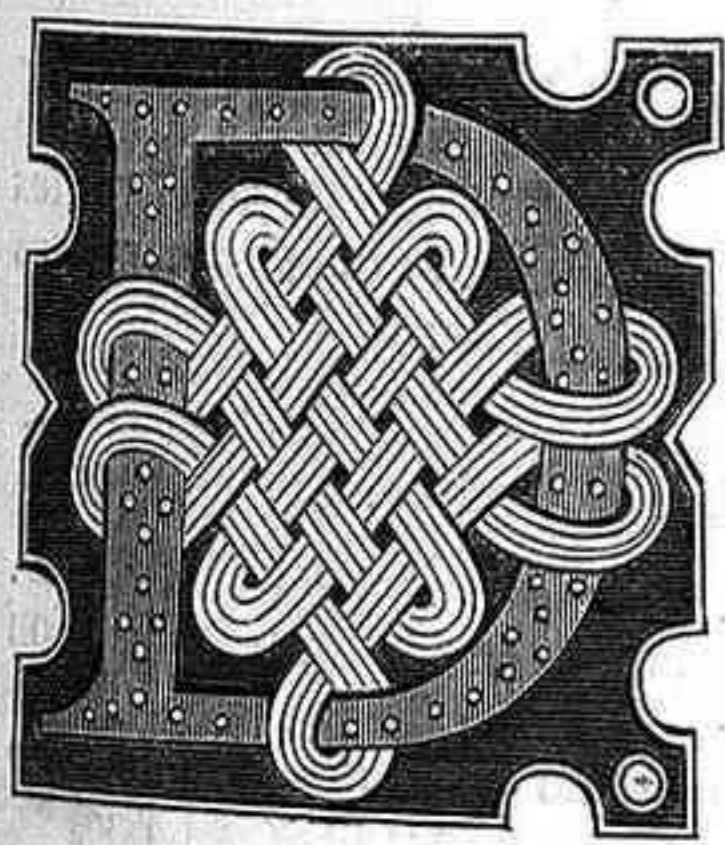


NUM. 34. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 19 DE AGOSTO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 s. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



ijimos al comenzar la anterior Revista que nos parecia cuando menos prematura la noticia de haber desembarcado mil quinientos sicilianos en el continente, enviados por Garibaldi para sublivar el territorio de Nápoles. La noticia en efecto ha resultado falsa, como otras mu-

chas de que en lo referente á Nápoles se ha hecho eco el telégrafo. Sin embargo, cartas de Mesina del 9 anuncian que Garibaldi estaba activando sus preparativos para efectuar un desembarco al otro lado del Estrecho, proponiéndose reunir un número suficiente de barcos para trasportar de una vez ocho mil hombres.

Un parte de Turin de fecha 14 dice que segun los periódicos de Génova, este desembarco de ocho mil hombres se llevó á efecto el dia 10; que Garibaldi con los suyos llegó á Reggio en la costa de Calabria y que habian empezado las operaciones de la segunda campaña; pero nos parece tambien, aunque mas verosímil que la anterior, algo prematura la noticia, porque si el 10 hubiera ocurrido un suceso tan importante como el desembarco de ocho mil garibaldinos en Calabria, ya el telégrafo nos lo habria comunicado aun antes que los periódicos de Génova ó por lo menos al mismo tiempo.

Lo que parece positivo, y lo que viene á complicar los asuntos de Nápoles, es lo que nos comunican al mismo tiempo de esta capital y de París. El rey Francisco de Nápoles desea retroceder en el sistema de concesiones que á última hora habia emprendido; y viendo que por este medio se va haciendo cada vez mas difícil la conservacion de su corona, trata de volver á su actitud antigua. Varios síntomas revelan esta intencion (hablamos en la suposicion de que sean ciertos los hechos que se nos comunican). En primer lugar se han suprimido en Nápoles de real

orden tres periódicos: ademas, se han suspendido las elecciones que debian celebrarse en el mes actual para el Parlamento convocado para el 10 de setiembre; se ha declarado la capital en estado de sitio y se ha desterrado al conde de Aquiles tio del rey que parecia inclinarse á las concesiones liberales. Al mismo tiempo se ha enviado orden á los plenipotenciarios napolitanos en Turin para que se retiren si en breve no logran la alianza que fueron á solicitar. Se ha avisado al gobierno de Cerdeña que se hará fuego contra todo buque que lleve pabellon sardo, si á su bordo tiene garibaldinos ó cosa que les pertenezca: y se anuncia que se trabaja activamente para llevar á efecto una alianza íntima ofensiva y defensiva con Roma, en virtud de la cual el general Lamoriciere, jefe de las tropas mercenarias reunidas en los Estados romanos, acudiria con los suyos á ponerse al frente del ejército del rey de Nápoles y lo llevaria contra Garibaldi.

Si esto fuese cierto, la guerra de Italia tomaria grandes proporciones, porque efectuada la alianza con Roma, y derogada de nuevo ó echada en olvido, que viene á ser lo mismo, la constitucion de Nápoles, el Piamonte se creeria libre de todo compromiso y no impediria, como acaba de impedir, la invasion de los Estados Pontificios. Por otra parte, si las tropas á las órdenes de Lamoriciere se contemplaran con derecho á socorrer al rey de Nápoles, Victor Manuel con las suyas se juzgaria tambien autorizado para auxiliar á Garibaldi.

La Italia del Norte y del Centro vendria entonces á sostener una guerra con los principes de la Italia del Sur, guerra, en la cual las probabilidades estarian en favor de Victor Manuel y Garibaldi, porque ademas de sus ejércitos, tendrian á su disposicion el arma poderosa de las revoluciones dentro de los mismos Estados de los principes á quienes iban á combatir.

Pero aunque las proporciones que en este caso tomaria la guerra de Italia serian grandes y alarmantes, todavia no habrian llegado al grado máximo á que pueden llegar y á que es muy de temer que lleguen si se confirman las últimas noticias recibidas. Dice un parte telegráfico de Viena que el conde de Rechberg, ministro de Estado austriaco, ha comunicado una nota á las demás potencias y singularmente á la Cerdeña, declarando que si Garibaldi invade los Estados Continentales del rey de Nápoles, Austria se verá en la precision de pedir permiso al Papa para atravesar los suyos y acudir con sus ejércitos al auxilio de Francisco II de Borbon.

Supuesta la certeza de este paso atribuido al gobierno de Austria, nadie podrá desconocer su gravedad y la in-

minencia de una guerra europea. Garibaldi, dado que no haya desembarcado todavia en el Continente, desembarcará tan luego como haya terminado los preparativos que al efecto está haciendo en Mesina; y las amenazas de Austria no le harán ceder de su propósito cuando no le ha hecho desistir la carta invitatoria de Victor Manuel. Puesto en el caso el gobierno austriaco de ejecutar sus amenazas, se presentará la cuestion de saber si la Inglaterra y la Francia que han proclamado la política de no intervencion en los asuntos italianos, consentirán ó no que el Austria intervenga. Nosotros creemos que no darán este consentimiento, y Francia, aun menos que Inglaterra porque tiene sus tropas dentro de Roma y en Civita-Vecchia. De suerte que si Lamoriciere acude al socorro del rey de Nápoles, la Cerdeña acudirá al de Garibaldi, y si el Austria echa su espada en la balanza, vendrán la Francia y la Inglaterra á echar las suyas por otro lado, promoviéndose un general conflicto, cuyo término no es fácil pronosticar.

En esta semana se han publicado dos protocolos con el resultado de las conferencias de París relativas á los desórdenes espantosos de Siria. En el primero se dice que deseando el sultan ponerles término y habiéndole ofrecido las grandes potencias su cooperacion, S. M. turca ha tenido á bien aceptarla, y en su virtud se enviarán por ahora seis mil franceses á Siria, los cuales obrarán en combinacion con el comisario de la Puerta Fuad-Bajá, y no podrán permanecer en el país mas de seis meses. Esta fuerza de seis mil hombres podrá elevarse á doce mil en caso necesario por acuerdo de las cinco potencias, suministrando estas y no la Francia el resto.

Parece que no podia tomar la diplomacia europea precauciones mas minuciosas para hacer respetar la integridad del imperio otomano; pero aun ha adoptado otras que constan en el segundo protocolo. Por él declaran las potencias contratantes que no quieren para sí ninguna ventaja territorial, ni de influencia, ni de comercio en Turquía, de que no puedan participar todas las demás naciones.

De manera que á juzgar por los resultados, las conferencias de París se han celebrado, no para arbitrar los medios de desagaviar á la humanidad ferozmente ultrajada, no para castigar los infames asesinatos é inauditas crueldades de Siria, sino para proteger la propiedad y los derechos de los asesinos, para hacer respetar su autonomia, para declararlos, digámoslo así, inviolables en el uso del yatagan y de la tea incendiaria.

La cuestion de humanidad y de civilizacion ha que-

dado pospuesta á una cuestion de *boutique* por la diplomacia de las *grandes potencias*.

Hay sin embargo otra diplomacia que sabe regir de muy distinto modo los destinos del mundo y que va preparando un desenlace cual no se le han figurado los graves y sesudos representantes de las cinco naciones de Europa reunidos en París. La expedición ha marchado, y el imperio turco que camina á pasos cada vez mas rápidos á su disolución, se conmueve profundamente. O los turcos toman las armas en todo el imperio y acometen á los cristianos reproduciendo los horrores de Siria, ó los cristianos una vez protegidos, aunque débil y cicateramente, se lanzan á tomar represalias que las desgracias pasadas justificarian ó por lo menos esplicarian en cierto modo: y es difícil que en estas circunstancias la resolución del problema de Oriente vuelva á quedar aplazada como quedó la otra vez.

La España ha tenido la fortuna de no tomar parte en esos protocolos, pues á pesar de cuanto se ha dicho, ni ha sido llamada á las conferencias sobre las cosas de Siria, ni ha sido declarada potencia de primer orden. A las notas que sobre el asunto de nuestra elevación á primera potencia escribió el ministro de Estado francés ha contestado Inglaterra que no es ocasión de tratar esta cuestion ahora, y ha respondido Prusia que para admitirnos á nosotros en el congreso europeo seria preciso dar entrada tambien á Suecia. La nacion española, que opina que el puesto de grande se toma y no se recibe, se rie de todas las notas diplomáticas cruzadas con este motivo y se rie tambien de lo que á ciertos periódicos ingleses les ha ocurrido decir acusándonos entre otras cosas de que tenemos casi innavigable el canal del Manzanares, por lo cual no podemos figurar entre las primeras naciones europeas. Nosotros somos lo que somos, y ni el que nos llamen gigantes nos da fuerza, ni el que nos consideren pigmeos nos la quita. Hemos sido grandes en 1808, mas grandes que ninguna nacion de la tierra, inclusa la Gran Bretaña á quien salvamos de su ruina; y lo volveremos á ser siempre que nuestro honor nacional esté interesado en ello. Es decir, que somos gran potencia cuando queramos, aunque no nos lo llamen; y esto vale mas que llamarnos tal sin serlo. Para tratar cuestiones de especería, en vez de grandes cuestiones de humanidad y de principios, no queremos ser gran potencia: para defender nuestra independencia y nuestro honor lo somos ya hace mucho tiempo: lo hemos sido desde los tiempos de Viriato.

Así, lo mejor es no volver á hablar de esta cuestion, que realmente tiene poca importancia en sí, como no sea por la parte de gloria ó de responsabilidad que pueda haber en ella al gobierno español, cosa que el Museo no tiene ni misión ni necesidad de tratar.

Han llegado unos 30 ó 40.000.000 de reales en efectivo á cuenta del primer plazo de la indemnización marroquí, primer plazo que se sigue contando en Tánger. Dicen que los moros tienen preparado el segundo y que esperan que se les conceda algún respiro para los demás devolviéndoseles entre tanto á Tetuan. Tal es el objeto que se supone que trae la embajada que ha llegado ya á Valencia y de un día á otro debe llegar á esta capital.

El itinerario de la corte por las provincias que ha de visitar está ya señalado. El 10 de setiembre saldrá de Madrid y volverá el 31 de octubre. Asegúrase que el 3 de noviembre se abrirán las Cortes, luego que las reales personas los ministros y empleados esten de vuelta de su expedición. Un aposentador ha salido ya á preparar los aposentos en las poblaciones del tránsito y las autoridades disponen tambien los festejos.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CRITICA LITERARIA:

A LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

CON MOTIVO DEL PREMIO OTORGADO POR ELLA Á LA COMPOSICION TITULADA: LA NUEVA GUERRA PUNICA, Ó ESPAÑA EN MARRUECOS; SU AUTOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

(CONTINUACION.)

X.

Continuando: despues de un *escabel de triunfos*, encontramos una *musa canora*, á quien el señor Cervino escita á que diga los nombres de los caudillos de la hueste vengadora,

Y el del *prócer* que á *próceres* comanda
Y en la *marcial demanda*
Va á *brindarles la palma vencedora*.

Todo esto es de pésimo gusto, por una parte, por otra falso: quien brinda las palmas de triunfo, si puede usarse la frase brindar en esta situación, no es el caudillo que comanda, es el enemigo que combate, y las palmas no son vencedoras; son el símbolo de triunfo del vencedor.

El señor Cervino sigue escribiendo de memoria dominado por el consonante, siempre para él inflexible.

El mal gusto continúa: á seguida encontramos unos *retemblantes* tambores que redoblan por los campos *tar-tesios*; y con tanto abuso de estravagante fraseología nos encontramos á punto de perder la poca paciencia que nos queda: las cornetas suenan, se mueven *relumbrantes bosques* de bayonetas (como si se pudiera encontrar analogía, entre un bosque y los fusiles armados de un ejército), y á seguida el señor Cervino emprende y da cima como puede á la ímproba tarea de versificar una reseña de la organizacion del ejército de Africa, por cuerpos, divisiones, brigadas y regimientos, sin olvidar los nombres de los generales, de los jefes ni de los cuerpos.

Allá va una muestra de esta singularísima enumeracion, en que nada se describe.

Se adelanta

El intrépido Echagüe que hora viene
Brillante en juventud y patrio brío;
Con el Gaset y Elío
Y Barcáiztegui van los nobles tercios
Rigiendo de Borbon y Talavera,
De Alcántara con timbres coronada,
De Barbastro y Granada.
Sobre corcel que en el color iguala (1)
A la noche mas lóbrega, *ya llega*
Comandando otro ejército Zabala.
Orozco allí tambien, y Enrique O'Donnell,
Valientes campeones (2);
Allí Angulo y Gutierrez y Serrano
Guian los batallones
De Segorbe y Zamora,
Madrid, Baza y la Albuera triunfadora,
La hueste en pos que la fulgente espada
Sigue de Ros de Olano... (3) etc.

Y como, aunque su intencion es muy buena, el señor Cervino no puede complacer á todos nuestros héroes de Africa, enclavando sus nombres en el poema para hacerlos inmortales desde el general en jefe al último acemilero, sopena de poner en verso las listas de revista de cincuenta mil hombres (enormidad á que no se atreveria, ni aun aquel que contó las líneas, las palabras, las sílabas, las letras, los puntos y las comas de un infolio á dos columnas); escápase por la tanjente y dispara al ejército la siguiente cariñosa y respetuosísima nota escrita en el lenguaje escepcional, que, si nuestro autor escribiera mucho, acabaria por recibir el nombre de lenguaje Cervinesco: hé aquí la nota en que, sin sospecharlo, el señor Cervino ha hecho una sangrienta crítica de sí mismo:

«Se han mencionado *todos los ejércitos*, sus diferentes institutos, sus generales, los de las divisiones y casi *todos* los jefes de las brigadas, con *sujecion al cuaderno oficial* titulado: «Ejército de Africa» impreso sin fecha: *Imprenta Nacional* (4). Algunos de los que no han podido tener cabida en la forzosa estrechez (5) del cuadro (6) se consignan luego; y el autor aprovecha esta nota (7) para rendir á todos los militares que tan gloriosamente han guerreado en Africa, el merecido homenaje de alabanza y de entusiasta admiracion (8). Por eso ha citado el *susodicho* cuaderno y seguirá citando los partes oficiales de las batallas (9).

Antes de dejar atrás esta reseña del ejército necesitamos recordar de ella algunas preciosidades como por ejemplo:

Al *punto luego* en el *tendido llano*
Resuenan mil clarines
Hijos del viento (10) y llegan los bridones
De *alto relincho* y *polvorosas crines* (11)

Alla va otro ejemplo de belleza poética, y de descripción vigorosa y verdadera:

Y mas allá (12) dominan el altura
Cureñas rechinantes
Donde el broncineo tubo (13) como en trono

(1) Hé aquí que el señor Cervino se nos presenta ya aturrido rompiendo por todo: no basta que esta enumeracion de jefes y fuerzas esté hecha de la manera mas antipática y difícil; era necesario que entre dos versos aconsonantados hubiese un verso asonantado con ellos; y por último, que la crítica se sintiese impotente para recoger la multitud de defectos que brotan, que se cruzan, que se multiplican á cada paso.

(2) Aquí de nuevo se cruza el asonante con el consonante, y el periodo toma un decidido sabor de romance cordobés.

(3) Rigorosamente hablando, parece que la fulgente espada sigue á la hueste que va en pos.

(4) Esto es formidable: la Academia no tiene perdon de Dios.

(5) Del ingenio del señor Cervino.

(6) ¿De qué cuadro?

(7) Como se aprovecha el sótano para arrojar los muebles inútiles.

(8) Cumplimientos y mas cumplimientos.

(9) Con cuya nota deben quedar tan satisfechos los no citados por el señor Cervino, como aquellos á quienes ha lanzado á la inmortalidad, haciéndoles participes de su fama. Hubiera sido mejor que el señor Cervino se hubiera dejado esta nota en el tintero.

(10) Por Dios y por su Santa Madre, amigo poeta; este parir clarines del viento, nos pone á la muerte.

(11) Aparte de lo inconveniente de la palabra «relincho», estos bridones que le tienen alto, presuponen otros bridones de relincho bajo, que aun no han llegado. En cuanto á lo de crines polvorosas, no lo entendemos, como no sea entendiendo que el señor Cervino, según su costumbre, toma una cosa por otra, y llama á las crines polvorosas, esto es, que producen polvo, que tienen en sí cualitativamente polvo, y no empolvadas. cubiertas de polvo: comprendemos que un camino ó un campo sean polvorosos; ¡pero las crines de un caballo...!

(12) Ni aun de la formación de ordenanza por institutos se ha olvidado el señor Cervino.

(13) Si no fuera por las *próvidas* careñas, Santa Bárbara que ave-

Del número que decide la batalla (1)
Revierta en estampido retronante (2).

Y dejamos aquello de los *jóvenes adalides* que en medio de las lides sangrientas, dibujan en la arena con la punta de la espada emblemas pitagóricos y lo de empuñar el compás Euclides, como si se pudiese decir de un compás que se empuña, ni mas ni menos que si fuese una esteva.

Prosigamos:

Entonces pasa el conde de Lucena
A escape (3), dando al aura
Sericas (4) bandas y guerreros lazos (5)
Y exclamando: «¡ valientes! á la arena
»Del Africa os conduzco y mies de gloria
»Ha de segar allí vuestra guadaña (6)...

Llegamos al cielo y al infierno del señor Cervino. El cielo es aquel de que hablamos en que hay una nacion como si fuera España.

Sigue una letanía místico-profana, y al través de la falanje *beatífica*, llegamos al infierno, donde

Humea
de Lucifer el manto
con fatídico espanto
Al siniestro fulgor de horrenda tea (7)
Que le sirve de cetro.

Sigue otra letanía de diablos y diabras, en la que se insulta á la infeliz Florinda, llamándola inmodesta y suponiéndola en el infierno, como si las víctimas hubiesen de ser juzgadas por Dios como los verdugos. En cambio el señor Cervino no supone en el infierno al *injusto forzador* de la Profecía del Tajo: pero, ¿cómo el tres veces monárquico autor, habia de suponer en el infierno á un rey? Esto hubiera sido esponerse á que la Real Academia hubiera fruncido el gesto, y negado, por este horrendo desacato, el premio al señor Cervino.

Afortunadamente la Caba no ha existido, y si existido hubiera, ya antes de que condenase al señor Cervino con tan poca caridad á

Esa hermosa
Que vió el sol en mal día,

la habia dado por salva, escribiendo su apologia el doctísimo Feijoo.

Prosigamos: al decidirse el infierno á proteger á los *Mogrebines* (8),

Ved súbito agitarse estremecida
La tierra de Almagreb. «Venga el cristiano
Ya sabemos quién es,

clama la tierra del mauritano; y pasamos por cima de su clamor, no porque Mauritania clame bien por la boca del señor Cervino, sino porque no podemos ocuparnos por una razon de estension de todo lo que el señor Cervino dice; pero al fin del clamor de Africa encontramos una orden que da Africa á sus bravos y que no queremos dejar pasar:

La muerte os mando
Si del emir O'Donnell la cabeza
No mandais á su reina y á su bando.

He aquí el verbo mandar usado primero en una acepcion incomprensible, porque no se sabe si Africa ha de mandar la muerte á los suyos, esto es: ha de enviarles la muerte, ó si «el os mando» es una amenaza como es una oferta en la frase vulgar que dice:

Virgen, si saco este pez
De aceite os mando un cuartillo.

Mas abajo el verbo mandar sustituye al verbo enviar. En los dos lugares el verbo está usado en una acepcion vulgar é indeterminada.

Obsérvese que hay un «bando» con quien «mando» aconsonanta.

Y ved aquí: no es Africa la que ha hablado: sino el sultan Mahhomet: lo comprendemos por el siguiente verso puesto á continuacion:

Tal dijo Mohamed (9), y su alto solio etc.

¿Ve el señor Cervino á lo que conduce la falta de precision? Escribiendo como escribe el señor Cervino, á cada

riguase que el broncineo tubo esta aquí usado por cañon: si hay cerca, rigiendo la oracion un hospital... *intellige lector*.

(1) ¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

(2) Carísima artilleria es esta, á que se refiere el señor Cervino, que produce por cada disparo un cañon reventado.

(3) Esto no es verdad: el conde de Lucena no ha pasado ni pasa, ni al escape, ni al galope, ni al trote, ni al paso.

(4) Traducido del lenguaje culto: bandas de seda.

(5) Aceptamos los lazos de un guerrero: pero no podemos aceptar los guerreros lazos.

(6) Para que la muela el molino de la historia, y os amasen con su harina pan de inmortalidad: ¡Oh formidable metáfora! ¡Oh culti-

paria inaudita!

(7) Este verso es de la *Oda al Dos de Mayo*, del difunto don Juan Nicasio Gallego, lo que no impide que este verso sea muy malo, con perdon, se entiendo, del difunto, porque las teas no son horrendas,

sino la situación que alumbran, si lo es.

(8) De seguro que el señor Cervino nos envidia esta denominacion que hemos dado á los marroquíes, porque habitan en el Al-Mogreb ó

que hemos dado á los marroquíes, porque habitan en el Al-Mogreb ó sonantes y peregrinas, que venga á nosotros, y en un cuarto de hora le

cultitatinizaremos y alambicaremos una multitud de frases y conceptos nunca usados ni oídos que no nos hacen falta para nada, porque

no pensamos entrar jamás en ningun certamen académico.

(9) Para que el verso no sea duro, hay que pronunciar Mojamed.

paso se hace concebir al lector una idea que no es la idea del autor, y se le molesta haciendo que su imaginación retroceda y rectifique: ¿quién no ha de creer que es el Magreb quien apostrofa, cuando inmediatamente antes del apóstrofe escribe el señor Cervino:

Ved súbito agitarse estremecida
La tierra de Almagreb?

La palabra *imperante* que sobreviene al medir el período, no es bastante para fijar el sentido, cuando se trata de la obra de un autor que á cada paso da en impropiedades: nosotros hemos podido rectificar el extravío á que nos ha llevado el señor Cervino con su manera violenta de construir, pero no lo hemos hecho, para demostrar un nuevo y gravísimo defecto.

Sobreviene la reseña del ejército marroquí.
En ella encontramos

Qué inmensa multitud (1) qué *algarabía* (2)
De brutos sin frenar, de armas y de hombres!
Sostenme ahora en el canto, Musa mia, (3)
Y acudé majestosa á repetirme
Sus *exóticos* nombres.

Y en verdad, en verdad, que no sin razón llama el señor Cervino á su Musa para que le sostenga, porque después del terrible tropiezo que ha dado en la palabra «algarabía» ha dado otro más fuerte en el vocablo «exótico» y ha debido de verse á punto de romperse la cabeza. Sin embargo, pedir á la musa que acuda con majestad á repetir nombres *exóticos*, es tener en muy poco la majestad de la musa; porque los nombres *exóticos* al lenguaje, son por necesidad ó bajos ó ridículos; y no debe pedirse á una musa majestuosa, que se rebaje con majestad ó que se ponga en ridículo con decoro. La confianza encuentra su límite en la dignidad del amigo: un poeta debe respetar mucho á su musa y ser digno de sus favores, como aquel que desea fama debe seguir el bello consejo de Quintana:

Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente
Que vuestra voz enérgica y valiente
Digna también del universo sea!

¿Presentaría Quintana con esa poderosa intuición, de que dicen están favorecidos los poetas, que la *Nueva Guerra Púnica* había de escribirse, y que la Academia había de premiarla?

Acaso.

Ello, al menos, es que el consejo del buen poeta le cae encima y como llovido del cielo al señor Cervino.

Cita á seguida el señor Cervino kabilas, pueblos, tribus, aduares, que rebullen en tropel: álzanse armados,

El Rarb, el Rif, Raret y Adda y Medrara,

constituyendo un verso delicioso por el sonido que le prestan sus abundantes *erres*: después

Ya un bosque de espingardas se avecina

Como antes nos mostró un bosque de bayonetas,

Ya llegan relinchantes escuadrones,

Estos deben ser escuadrones de relincho bajo,

Ya turbas que en insólita algarazara

Arrastran desmontados,

Es decir, sin cureñas,

los cañones, etc.

Y los *negros* con corazón más negro que la cara, y que tienen por peculio, esclavitud, y hambre, y fiereza.

La fiereza de un hambriento se comprende, pero llamar peculio al hambre y á la esclavitud, es un sarcasmo impío.

Admirad, lectores, admirad la inimitable belleza siguiente.

Blande Muley Ahmete,
Cual mortífera maza
Sultánico machete.

¡Oh Academia, Academia! ¡tú te dejaste el entendimiento á la puerta del salón de tus sesiones, cuando entraste en él para adjudicar el premio! ¡Oh nunca bien como se debe ponderada Academia de la Lengua! ¡Yo te saludo, pero te saludo á la carrera desde una respetable distancia! ¡ya no puede asombrarme nada desde el punto en que te he visto ocuparte solemnemente de esta *Nueva Guerra Púnica* de tus pecados! ¡Oh tempora! ¡Oh mores!

Pero continuemos.

¿Quién de Muley el Abbas
Puede el brillo igualar y alto decoro?

Es decir, señor Cervino, que no le iguala en decoro el prócer que comandaba próceres, el de las bandas séricas?

(1) Innumerable sería mejor.

(2) Como si se tratase de cotorras y no de un ejército: algarabía, voz árabe, ha sido sacada de su acepción genuina, y significa hoy ruido insoportable de chillidos discordantes, y de palabras inconexas: no puede tomarse nunca esta palabra para significar la reunión tumultuosa de un ejército.

(3) ¿Cuál será la musa del señor Cervino, que tan indolente es y tan dormilona, que sobre cumplir mal con su obligación, hay que llamarla á cada paso?

Es verdad que también Muley ciñe su cintura con

Sérica faja de carmin y gualda,

como si dijéramos que Muley llevaba por faja una bandera Española.

¿Ni cómo igualar en brillo á quien viste

Jubon con pedrería *coruscante*?

Góngora si viviera reclamaria la propiedad del *coruscante*, no sabemos con cuánta tenacidad.

¡Oh, Academia!

¿Y la *nube que ruge* por la parte del Orion, y la otra que se levanta por el Norte?

¿Pero no han de rugir, si las dos nubes no son otra cosa que sustentáculos aéreos de que se sirven el cielo y el infierno, que

Vuelan á encontrarse prepotentes
En alas de los notos inclementes?

Entre tanto los *spiritus réprobos*

Contra España impelidos

Desde el oscuro reino del espanto (1),

A horrible conciliábulo acudiendo,

Zambullense (2) en la mar, antes propicia

Frente por frente á Gades la fenicia,

Del pónico cristal allá en el fondo

Hay una gruta do el *claror* se pierde (3)

Festonada con algas y con ovas

Sombria gala de su pompa verde (4).

Y allí Malek empuña

Por cetro un mástil de español navío

Que se hundió en Trafalgar (5) y esclama:

«Hermanos (6).

Un poco más adelante

«Si Echagüe oprime

Ya berberisca arena (7),

No deis paso (8) al terrible de Lucena.

¿Y quién es el terrible de Lucena? ¿algun valiente que como es muy común, tiene este apodo, siendo al mismo tiempo natural de Lucena? Comprendemos lo que el autor ha querido decir: pero ha dicho otra cosa: bien dijo Boileau

Un poème insipide et sottement flateur

Deshonore à la fois le Héros et l'auteur.

Ya por hoy hemos hecho bastante: Adios, pues, respetable Academia: adios benevolísimos lectores: hasta el domingo que viene.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

ESTRELLAS FUGACES.

La imaginación del pueblo siempre activa, siempre dispuesta á explicar los fenómenos celestes como un antecedente ó una consecuencia de los hechos que tienen lugar en la superficie de nuestro pequeño planeta, encuentra en seguida relaciones misteriosas entre el cielo y la tierra; y explica sencillamente lo que se resiste á los cálculos y teorías de la ciencia.

Las estrellas fugaces, los bolidos y aerolitos, no tienen aun una causa completamente conocida: todo lo que sobre ellos se sabe es vago, incierto; y sin embargo, la aparición de estos cuerpos en la atmósfera, es para el pueblo un hecho de causa conocida.

(1) Todos saben de memoria el viejo verso

Ah del oscuro reino del espanto!

(2) ¿Es poema ó parodia lo que escribe el señor Cervino?

(3) No son malas señas y no deben olvidarse los marinos; que al fin nada bueno puede sucederles pasando cerca de una gruta ó cueva, no ya de ladrones sino de diablos.

(4) Este verso recordamos haberlo leído en alguno de nuestros poetas, y nos decide á creer que no nos equivocamos la consideración de que ese verso no está en su lugar. Esa pompa verde nos hace pensar en el follaje de un bosque; sentimos el aire que pasa entre ese verso, porque sentimos su armonía imitativa. Indudablemente ese verso no es de ese lugar. Ofrecemos un hallazgo, que consistirá en un ejemplar de la *Nueva Guerra Púnica*, al que nos recuerde el nombre del autor de ese verso.

(5) ¿Qué tales puños tendría el diablito: y sobre todo qué tales intenciones cuando empuñaba tal cetro?

(6) En Jesucristo le faltó: si no fuera porque sabemos que este diablo es en circunciso, nos inclináramos á creer que Malek era diablo fraile, y motton: el diablo predicador quizá: además la palabra «hermano» usada como vocativo supone amor hacia aquel á quien se dirige, y el diablo no puede tener amor á nada, ni aun á sí mismo.

(7) Cervantes dijo hablando de Don Quijote: «oprime el lomo y rige el freno á un famoso caballo que se llama Rocinante» y el señor Cervino ha dicho del conde de Lucena:

De brioso alazan la espalda oprime:

pero lo de que Echagüe oprima arena berberisca, no puede tolerarse: es lo mismo que pretender establecer un modismo que puede formularse de la manera siguiente: «Vengo de oprimir la arena del Prado», en vez de decir: «Vengo de pasear por el Prado»: esto es, en sentido material de «pisar sobre el Prado; de andar por el Prado.» El señor Cervino, substituyendo siempre á la propiedad la impropiedad, ha querido decir: «Si Echagüe pisa, ó huella, berberisca arena.» Pero sin duda el señor Cervino ha querido huir de una asonancia con el verso anterior, que hubiera resultado como vamos á demostrarlo:

Y ha de faltarnos hoy el poderío

De hundir á O'Donnell y su attiva gente,

Que en mas débiles fustas se avvicina?

Propicia es la ocasion, si Echagüe pisa....

El señor Cervino, huyendo de la asonancia, echó fuera el verbo pisar, y substituyó como equivalente el verbo oprimir. ¡Y este señor pretende ser académico de la lengua! ¡Hace bien!

(8) Aquí se advierte una oración imperativa condicional: es decir, que Malek no tiene inconveniente en que pase el terrible de Lucena, si Echagüe no oprime todavía berberisca arena.

—Hace muchos años, se dice en nuestros campos hubo una guerra muy grande; y el día 10 de agosto, se dió una terrible batalla en que murieron muchísimos cristianos. Nosotros llevábamos en ella la peor parte; pero nuestros soldados se encomendaron de todo corazón al Santo del día y este les dió la victoria, sin que desde aquel momento muriera ni uno más. El Santo bendito llora todos los años en el aniversario por los que murieron antes de ponerse bajo su protección; y llora lágrimas de fuego recordándonos las penas que padecen en el infierno y purgatorio nuestros padres.

Esta explicación que habrán oído más de una vez nuestros lectores de los labios de un sencillo labrador viene á resolver una de las cuestiones más áridas de la astronomía, y á confirmar el nombre de *lágrimas de San Lorenzo*, con que se conocen vulgarmente las estrellas fugaces.

Y ya que hemos citado esta preocupación tan común en España, Francia é Italia, digamos algo sobre lo que otros pueblos creen acerca de tales meteoros: haciendo notar de paso como estas creencias populares, ajenas á la ciencia, pintan con toda verdad el carácter de cada pueblo.

En algunas comarcas del Norte y principalmente en Suecia, cree el vulgo que los astros son luces que deben despabilarse del mismo modo que nuestras velas, y afirman por lo tanto que las estrellas fugaces son los restos inflamados que caen al hacer esta operación: así las llaman *Sternschnuppe*, es decir, pavesa de estrellas.

En muchos países de América, en los bosques del Orinoco y en las solitarias márgenes del Casiquiare, llaman á estos meteoros orina de las estrellas, suponiendo según sus mitos que los astros son seres animados que tienen que satisfacer necesidades análogas á las nuestras.

En la Lituania la poética imaginación del pueblo que hace de cada peñasco una leyenda, de cada flor un enigma, y de cada estrella un libro mágico, se explican las exhalaciones diciendo que cuando nace un niño, Werpoya hila para él los hilos de su destino, cada uno de los cuales termina en una estrella: en el momento de la muerte, el hilo se rompe, la estrella cae, se marchita y se apaga.

Si penetramos en la antigüedad en busca de su opinión acerca de las estrellas fugaces, encontraremos mitos, tradiciones religiosas y fábulas paganas, que sino explican su causa, son resultado de la impresión producida por ellas.

Arago ha tratado de demostrar que el confuso recuerdo de la caída de un aerólito, fue el origen del mito escita del oro sagrado que cayó encendido del cielo y fue después propiedad exclusiva de la *Horda del oro* de los parlatas. Dion Casio habla de masas de plata caídas así del cielo en tiempo del emperador Severo; y Esquilo presenta una descripción de una lluvia de guijarros que Júpiter envió á la tierra después de haber reunido las nubes, y cuyos pormenores pueden aplicarse perfectamente á una lluvia de aerolitos. Por último, según una tradición del Mogol cayó del cielo una roca negra de sesenta y cuatro pies de altura cerca del nacimiento del río Amarillo en la China occidental.

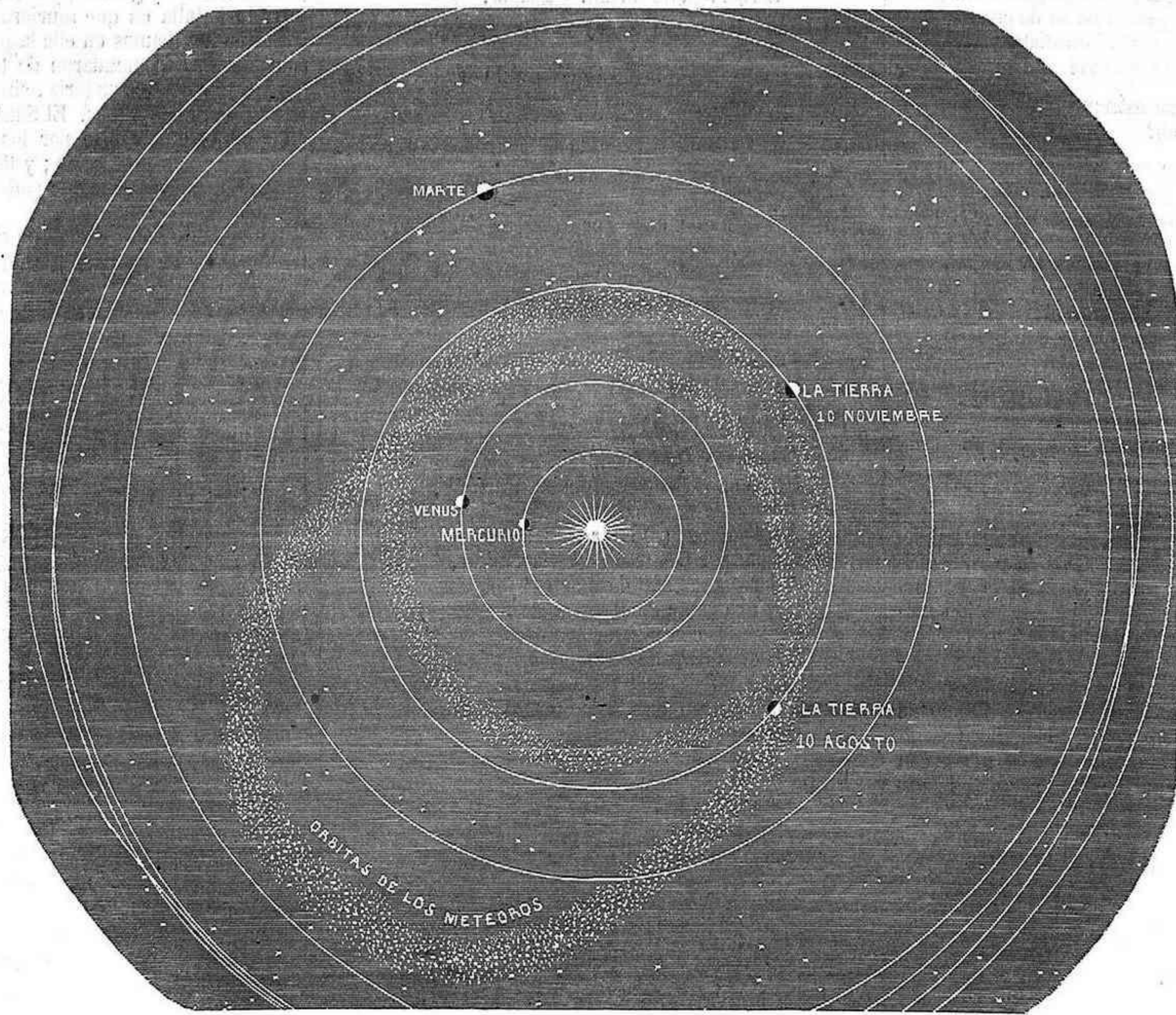
El nombre de estrellas fugaces con que en la mayor parte de los países de Europa se conocen estos meteoros tampoco es exacto: más propio sería llamarlos polvo celeste ó polvos meteóricos con Arago. Según la hipótesis más probable de tantas como se han emitido para explicar la existencia y causa de estos meteoros; existen en el espacio á millones moviéndose en órbitas algo semejantes á las planetarias y formando dos grandes zonas una interior y concéntrica con la eclíptica, y otra exterior á la órbita de Venus y que pasa más allá de la de Marte. Estas dos zonas *pulverulentas*, por decirlo así, se cortan en dos puntos; habiendo en el año dos épocas en que la tierra las atraviesa: en los días 8, 9, 10 y 11 de agosto por el punto en que se cortan y el 10 de noviembre: por cuya causa es en estos meses mucho más frecuente su aparición.

Estos cuerpos, según parece, penetran en la atmósfera que rodea la tierra, y son atraídos por la fuerza de la gravedad. Se presentan á nuestra vista primeramente como un punto luminoso, como una estrella rodeada de una nubecilla que no tarda en inflamarse: se mueven con una velocidad próximamente igual á la de los planetas, y algunas veces por intervalos que parece demuestran la existencia de un impulso particular ó son efecto de la atracción terrestre: por último, el punto luminoso se estiendo, se convierte en un globo inflamado y estalla con acompañamiento de llamas, humo y chispas, que forman una especie de lluvia de oro. El globo luminoso suele llevar detrás de sí una ráfaga ó cola luminosa, que termina en punta ó por una nube de humo. Esta cola parece estar formada por la misma materia del cuerpo que se ha volatilizado ó quizá por pequeños satélites atraídos por la fuerza de la gravedad. Cuando el globo estalla, la parte que se conserva sólida se hace pedazos y cae en nuestro planeta con una fuerza suficiente para penetrar hasta diez y ocho pies debajo de tierra.

No siempre se presentan estos fenómenos de noche: se han observado muchos de día, y en el año 1788 se vió en Popayan á mediodía un bolide tan brillante que iluminó con su luz las habitaciones. Ni tampoco se presentan siempre las nubecillas de que hemos hablado. El 16 de setiembre de 1843 cayó el gran aerólito de

Kleinwenden produciendo un ruido semejante al del trueno, y estando el cielo completamente limpio. Otras veces falta la luz: estando el cielo sereno aparece súbitamente una nubecilla oscura y deja caer sobre la tierra masas meteóricas acompañadas de gruesas detonaciones semejantes á cañonazos. Estas nubes recorren á veces provincias enteras y dejan el suelo cubierto de sus fragmentos.

Las estrellas vagas y los bolides suelen presentarse aisladas, en cuyo caso reciben el nombre de esporádicas, ó en gran número, en cuyo caso se llaman periódicas, siguen direcciones paralelas y son las que se observan este mes. La noche del 12 de noviembre de 1833 cayó en América un número tan crecido que Palmer asegura que parecia una nevada de oro: en nueve horas de observacion contó doscientas cuarenta mil. En 1837 cayó otra lluvia tan espesa de aerolitos en

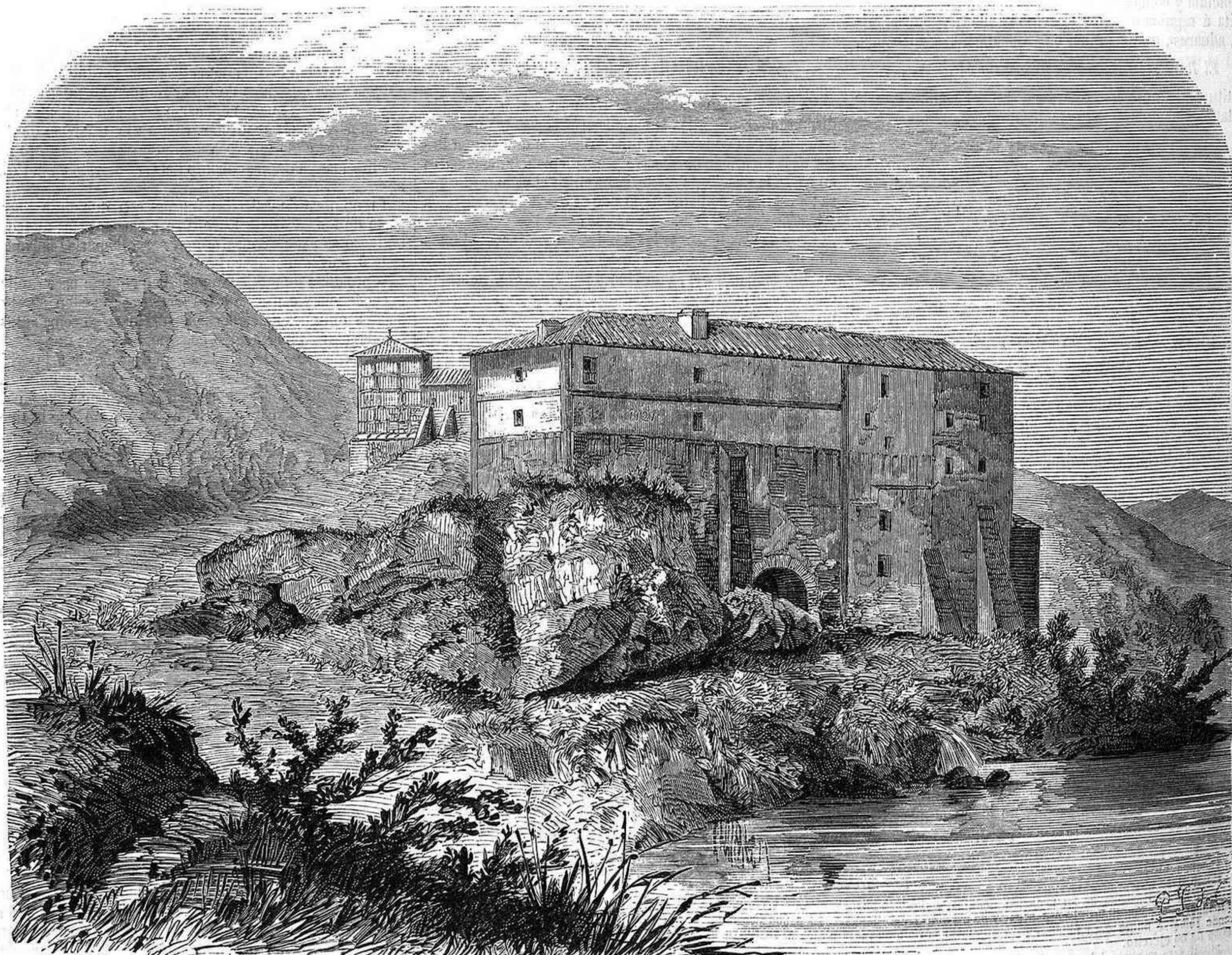


METEOROS Ó ESTRELLAS FUGACES DESDE EL 10 DE AGOSTO AL 10 DE NOVIEMBRE.

Inglaterra, que fué llamada aguacero de estrellas (meteoric shower): en 1800 en Virginia se observó otra que por espacio de dos horas se asemejó á una funcion de fuegos artificiales; y en el año 1095 hubo otra tan espesa como el granizo, que asustó á los padres del concilio de Clermont haciéndoles creer que era la señal inequívoca de grandes revoluciones en la cristiandad.

La observacion ha deducido que las piedras meteóricas ó aerolitos que caen en la tierra provienen de los bolides, que deben hacerse pedazos segun hemos dicho, porque el volumen de los fragmentos recogidos es mucho menor que el del bolide.

Pero aun queda por averiguar cómo se forma la nube de qué salen y cuál es la verdadera causa de la ruptura de este cuerpo. En cuanto á la luz que despiden parece probable que estos meteoros se inflaman antes de llegar á nuestra at-



BAÑOS DE ALHAMA EN ARAGON.

los
opi
frai
cion
esta
P
ga
atm
velo
lides
satél
velo
ta y
gunc
haya
luna
Aun
que
mósi
to la
con
sea
la tie
tener
de ci
que
non?
mas
volca
máxi
pedr
ter tr
en. e
mil c
ta y
locida
un cu
gund
Por
que s
lo que
admit
las pi
veng
nos
Anax
los,
Es
palabr
corrie
comp
terres
tra at
cemos
asegu
mente
fico es
cruza

mósfera, en un punto en que segun lo que se cree acerca de la atmósfera hay un vacío casi perfecto. Poisson ha tratado de explicar la inflamacion por medio de la electricidad. Es evidente, dice este célebre matemático, que á una distancia de la tierra en que la densidad de la atmósfera es casi insensible no puede atribuirse la inflamacion de los aerolitos á su rozamiento con las moléculas del aire. ¿No podria suponerse, que el fluido eléctrico en el estado neutro forma una especie de atmósfera que se estiende mucho mas allá de la masa de aire sometida á la atraccion terrestre, y que siendo físicamente imponderable, sigue á nuestro globo en sus movimientos? En esta hipótesis los cuerpos meteóricos, al penetrar en esta atmósfera imponderable descomponen el fluido neutro obrando desigualmente sobre las dos clases de electricidad, y al electrizarse se calientan y hacen luminosos.

La altura que sobre nosotros tienen las estrellas vagas y los hoides es pequeña; varía entre cinco y cuarenta y siete leguas. Su velocidad es de cinco á trece leguas por segundo, es decir, por término medio igual á la de Mercurio que es de ochenta y ocho por segundo.

Creíase antiguamente que estos aerolitos provenian de los volcanes de la luna, y ya en 1660 manifestó esta opinion el físico Terzago con motivo de la muerte de un fraile milanés ocasionada por un aerolito. Pero la direccion de estos cuerpos, y su velocidad parecen destruir esta hipótesis.

Para que un cuerpo salga de la luna y llegue á la atmósfera terrestre con la velocidad que traen los hoides es preciso que nuestro satélite le despida con una velocidad inicial de sesenta y cuatro leguas por segundo. Y suponiendo que haya volcanes activos en la luna ¿será esto posible? Aunque convengamos en que la luna carece de atmósfera, y que por lo tanto la fuerza de proyeccion con que salgan del cráter sea mucho mayor que en la tierra, ¿podrán llegar á tener esta velocidad cerca de cincuenta veces mayor que la de una bala de canon? —Las observaciones mas exactas hechas en los volcanes terrestres dan por máxima velocidad de las piedras lanzadas por el cráter tres mil quinientos piés en el Pico de Tenerife y mil cuatrocientos cincuenta y ocho en el Etna: velocidades que no llegan á un cuarto de legua por segundo.

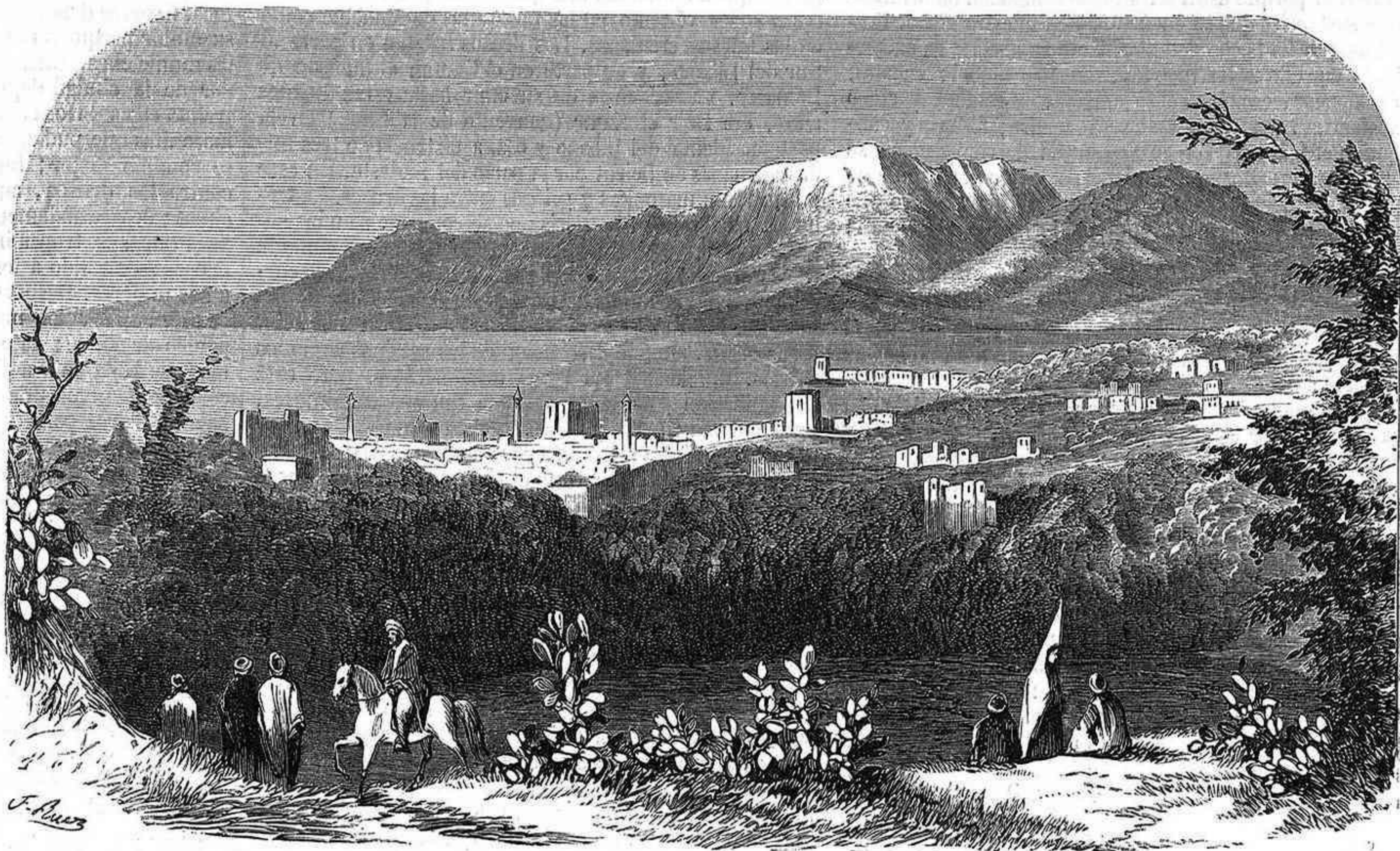
Por estas razones y otras que se deducirán de todo lo que digamos, no suelen admitir los modernos que las piedras meteóricas provengan de la luna, ni menos del sol como creian Anaxágoras y sus discípulos, que no conocian la fuerza de atraccion.

Es, pues, lo mas probable la teoría que en breves palabras hemos espuesto al principio: hay una zona, una corriente, una órbita, un espacio mas ó menos grande compuesto de estos cuerpos, y que cortando á la órbita terrestre, penetra por los puntos de interseccion en nuestra atmósfera. Aunque en los pocos años que hace conocemos este período se repite exactamente, no podemos asegurar que siempre haya sido el mismo, ni que precisamente en agosto y noviembre, hayamos de ver el magnífico espectáculo que nos presenta el firmamento cuando le cruzan multitud de estrellas vagas. La zona de estos cuer-

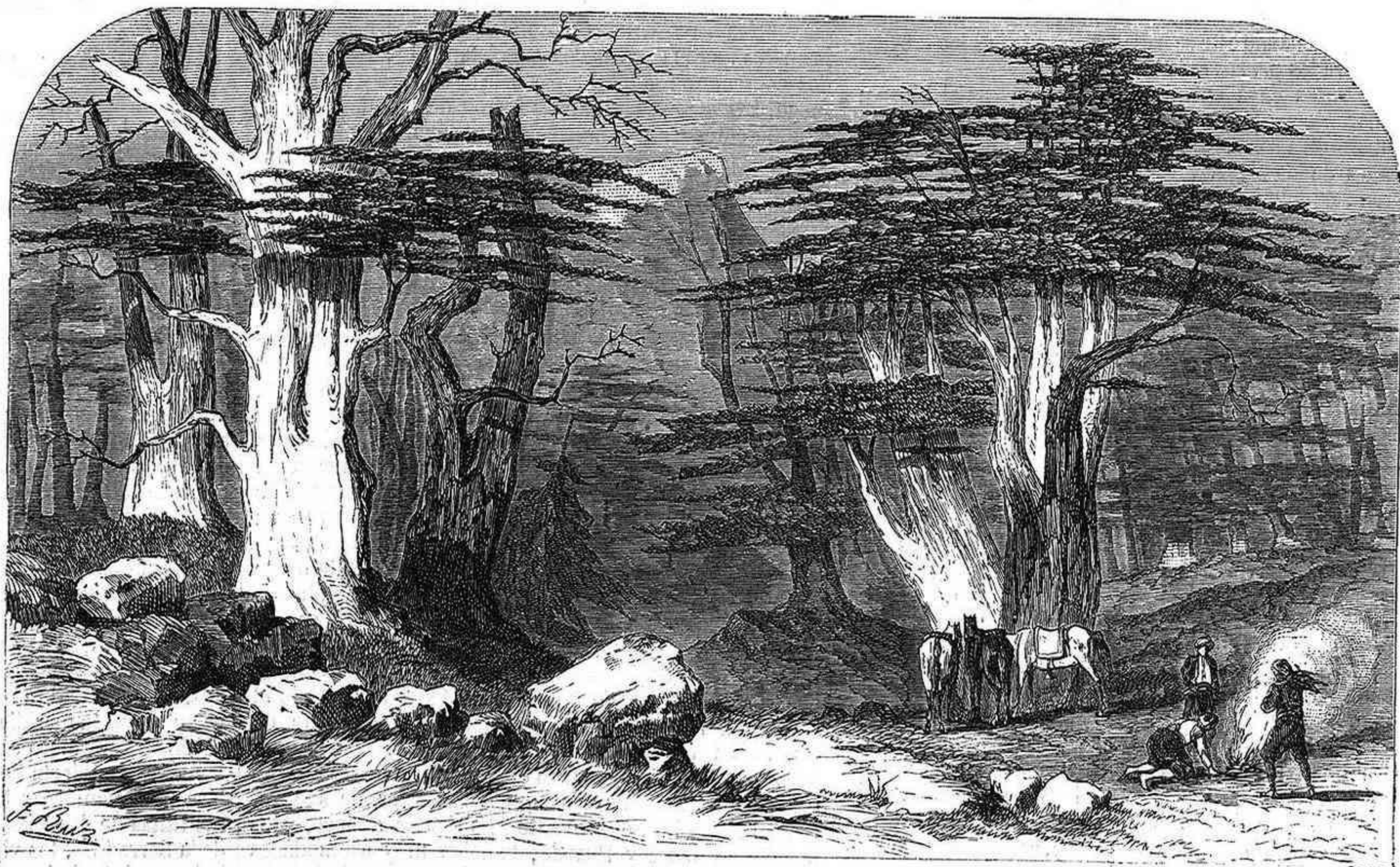
pecillos puede estar interrumpida, ya por intervalos que dejen entre sí estas estrellas, ya porque la influencia de los planetas puede ser suficientemente grande para variar la posicion de esta zona, y adelantar, retrasar ó impedir su encuentro con la eclíptica.

Algunos astrónomos han creido descubrir una retrogradacion regular ó una oscilacion de la línea de los nodos en esta órbita que podria explicar las irregularidades de la aparicion. Los anales chinos citan dos apariciones en marzo, anteriores al año 687, antes de Jesucristo, y Biot que ha es-

No falta quien atribuya las manchas del sol y la disminucion de su luz y calor á estos innumerables cuerpos que girando á su alrededor pueden producir un efecto análogo al de las nubes. Muchas veces se ha observado este fenómeno, y Hermann despues de grandes investigaciones ha venido á predecir dos épocas del año, el 7 de febrero y el 12 de mayo, en que se ha manifestado esta coincidencia de un modo notable. Hoy ha vuelto á renacer esta opinion con mas fuerza sostenida por un célebre astrónomo francés.



VISTA DE BEIRUT Y EL MONTE LÍBANO.



LOS CEDROS DEL LÍBANO.

tudiado mucho estos mismos anales, ha podido sacar cincuenta y dos apariciones fuera de duda, y de las cuales la mayor parte se verificaron del 20 al 22 de julio, épocas que podrian corresponder en este caso al día de San Lorenzo. En los anales de la iglesia de Praga, hay una observacion de estrellas vagas que se vieron de día, correspondiente al 21 de octubre 1366: y si este fenómeno corresponde como parece probable al que nosotros vemos en noviembre, puede deducirse de esta precesion de cuatrocientos ochenta años que el sistema completo de los meteoros ó mejor su centro de gravedad, gira alrededor del sol describiendo una órbita en sentido retrógrado.

Esta creencia no está muy distante de la de Plutarco que decia que las estrellas vagas no provenian de partículas desprendidas del éter que llegan á apagarse en el aire despues de haberse inflamado, sino que son cuerpos celestes que caen sustraídos de cierta manera al movimiento general de rotacion, y que se precipitan irregularmente cayendo, no solo en la tierra, sino en el Océano.

El estudio de los aerolitos cogidos en la superficie terrestre, es una de las razones en que se apoyan algunos astrónomos y filósofos para asegurar que los planetas tienen todos una composicion y estructura análogas á la de

la tierra: porque estos aerolitos se componen de las mismas sustancias que se encuentran en nuestro globo. Berzelius que ha hecho detenidamente su análisis ha encontrado en ello ocho metales, hierro, níquel, cobalto, manganeso, cromo, cobre, arsénico y estaño, y cinco sustancias térreas, potasa, sosa, azufre, fósforo y carbon. Pero á pesar de esta analogía de composición se encuentra en ellos en abundancia el hierro virgen que no puede darse en nuestro planeta ni en ningun otro que tenga agua y atmósfera, que producirían en seguida la oxidación.

Los aerolitos no son tan grandes como cree la asustada imaginación de algunos pueblos y escritores: los mayores son los descritos por Rubín de Celis recogidos en la bahía del Brasil y en Otumba, y cuya longitud no excede de siete á nueve piés.

Su forma indica que provienen de un estallido ó de una percusión, por estar terminados en ángulos y estrías, y la razón además nos hace creer que provienen de un núcleo sólido, porque hallando matemáticamente el tiempo que emplean en caer en la tierra, no es posible que tan súbitamente pasen del estado gasiforme al sólido.

De todo lo que hemos dicho sobre las estrellas fugaces y los bolides, se sigue que aun nos queda mucho que descubrir en nuestro sistema planetario, y que cada día la observación nos lleva á estudiar el problema de la formación, conservación y variaciones, no del universo, sino solo de nuestro sistema planetario, materia tan delicada que exige conocimientos muy profundos en todas ciencias, y tan estensa, que no es posible ocuparse de ella en un corto artículo.

FELIPE PICATOSTE.

LOS DRUSOS Y LOS MARONITAS DEL LIBANO.

El estado de la Turquía es generalmente triste, pero hay en ella algunos dominios en los que la anarquía con su acostumbrado séquito de violencias y crueldades, ha establecido especialmente su asiento. A estos dominios desgraciados, pertenece en primera línea el Libano siríaco. En este monte, aun proverbial, á causa de sus cedros que ya han desaparecido, son casi permanentes el asesinato y el pillaje; cuando lo que turba la paz son únicamente robos ó la guerra entre dos pueblos, nadie se cuida de ellos, porque son cosas de todos los días, pero de tiempo en tiempo corre por el mundo la noticia de violencias horribles, de grandes carnicerías, y entonces las grandes potencias por su intervención sacan á la Puerta de su condenable costumbre de mirar con indiferencia el asesinato, cuando este se halla organizado por los creyentes contra los *perros cristianos*.

Hay razas cuya enemistad no deja en paz al Libano; los maronitas y los drusos son las más notables de estas; los maronitas son cristianos que se denominan así por dos monges de los siglos V y VII, y que ambos se llamaban Maron; no admiten en Jesucristo (al que conceden una naturaleza divina y otra humana) más que una sola voluntad. En tiempo del imperio bizantino fueron perseguidos con saña como heréticos, pero conservaron su fe y su independencia. En 1736 se sometieron al papa con la condición de que los había de dejar sus estatutos particulares, la lengua árabe para el servicio divino, el matrimonio de los sacerdotes, y el derecho de casarse las innumerables monjas. Habitan en un espacio de cincuenta y seis millas cuadradas, en número de unas ciento ochenta mil almas. Sus vecinos los drusos en número apenas de cien mil almas, son un pueblo enigmático; algunos los consideran como francos (europeos) que descienden de los cruzados que quedaron allí, otros los tienen por descendientes de los samaritanos; la tercera opinión, que hace á los arsesinos (1) los padres de esta raza, tiene más probabilidad. Después de la irrupción de los mogoles desapareció la raza antigua del monte y sus descendientes de la historia; pero apenas se puede admitir la opinión de que un pueblo de sesenta mil guerreros y en un monte áspero, se dejase aniquilar completamente; además de esto hay cierta analogía entre los asesinos y los drusos; estos tienen como los primeros una doctrina secreta y una cierta clase de sabios y son igualmente indiferentes respecto á las religiones cuyos ritos son públicos. Según la relación del obispo Basilio de Sidon, creen en los profetas del Antiguo Testamento y en Cristo, pero no en Mahoma y adoran á un salvador llamado Hamsa, que dicen ha estado en la tierra siete veces, la última de las cuales fue cuatrocientos años después de Mahoma y que todavía ha de aparecer una vez para hacer que la religión de los drusos sea la dominante. Los drusos se dividen en dos clases en *akul* ó inteligentes y en *dschahel* ó ignorantes. Los *akul* llevan un turbante blanco, no fuman y tratan de distinguirse por su conducta reservada; forman próximamente la décima parte de la totalidad del pueblo. Los *dschahel*

(1) Asesinos, sectarios ismaelitas que se establecieron en el Anti-Libano; su nombre, cuya verdadera forma es *Haschischins*, viene del árabe *haschich*, bebida que embriaga; por medio de esta bebida á que deben su nombre, su jefe, á quien llamaban el *Viejo de la montaña*, los ponía en un estado de exaltación, en el que se figuraban gozar de antemano de la felicidad eterna. Esta secta cometió muchos asesinatos; entre sus víctimas se cuentan, un califa de Bagdad, otro del Cairo, y Conrado, marqués de Monferrato. De ellos viene el nombre de asesino, dado al que mata á otro.

parece que no observan más que ciertas prácticas exteriores y se los vé tanto en las mezquitas de Mahoma como en las iglesias cristianas. Los drusos habitan en parte al Sur del Libano, y en parte en el Hauran al Sudeste de Damasco. La residencia de su emir hasta estos últimos años, era Dejr el Kamr (convento de la Luna) en la parte occidental del Libano y casi á distancia de tres millas alemanas de Beirut por la parte del Sudeste. En este punto viven maronitas y griegos entre los drusos. La tribu de los ansarios ó anseiris que se compone de unas setenta mil almas próximamente es tan misteriosa como la de los drusos; habitan en la parte más al Norte de la cordillera, en los montes Anseiros de donde les viene su nombre. Nada se sabe de cierto respecto á su religión y á su origen, aunque descienden de los asesinos como los drusos. Burckhardt los llama mahometanos, pero esta denominación no está en armonía con sus costumbres, pues cultivan viñedos y beben excelente vino.

Los drusos, los maronitas y los ansarios vivieron largo tiempo independientes; aun el poderoso sultán Amurates III no consiguió nada más que el reconocimiento por parte del Libano de la soberanía nominal de los turcos. A principios del presente siglo acaeció un suceso que fue la causa de las infinitas contiendas entre los drusos y los maronitas. El emir Beschir, caudillo de los drusos convertido al catolicismo quiso destruir la aristocracia de las grandes familias drusas, las despojó de sus bienes y las desterró al Hauran; pero eso no pudo impedir que volviesen otras veces y se apoderasen no solo de sus bienes sino de los de otros. Cuando el emir Beschir ganaba en la contienda, volvía á confiscar los bienes y los regalaba ó las vendía. Desde entonces el estado de la propiedad inmueble, es el de la mayor confusión; los drusos, y más aun los maronitas, poseen bienes que han llegado á ellos por tercera ó cuarta mano y que han sido recuperados por sus primitivos propietarios.

Después que Mehemet-Alí fue echado de Siria con auxilio de los europeos, la Puerta Otomana sometió el Libano; el célebre Omer Bajá fue el instrumento de que se sirvió; pero así que llamaron á este, los drusos empezaron á atacar á los maronitas; los combates continuaron durante los años siguientes, y en 1845 llegaron á sus mayores proporciones. Los maronitas se defendían con valor y estaban á punto de vencer, cuando los turcos auxiliaron á los drusos; el resultado de esto fue una carnicería espantosa unida á devastaciones terribles. En el término de dos meses ciento setenta pueblos de los maronitas fueron reducidos á cenizas, doce mil habitantes de los mismos, entre hombres, mujeres y niños, pasados á cuchillo, y muchos obligados á huir á Saida, Beirut y Trípoli. La Puerta entonces, por la intervención de las grandes potencias, dió una especie de constitución al Libano que concedía iguales derechos á los maronitas que á los drusos; los primeros fueron desarmados completamente, los segundos conservaron la mayor parte de sus sables y armas de fuego. Las autoridades turcas fueron demasiado apáticas é indiferentes para terminar definitivamente las disputas acerca de posesión; y cuando en 1846 se restableció la tranquilidad, existían aun doscientos pleitos sobre bienes inmuebles.

En los años siguientes hubo siempre algunos disturbios, pero no se repitieron los combates generales. En 1854 y 1856 la tranquilidad se alteró más que nunca, en Dejr el Kamar residía entonces un gobernador turco y la ciudad iba obteniendo poco á poco una población exclusivamente cristiana. El bienestar de los laboriosos maronitas se aumentaba por el impulso energético dado á la industria: principalmente se crearon muchas fábricas de seda. En estas circunstancias un saqueo general de los cristianos merecía ya la pena. En este año empezaron ya algunos choques; los drusos asesinaron á un monge de Dejr el Kama, sus parientes maronitas le vengaron en los asesinatos, y los drusos ejercieron nuevamente su venganza. Esta querrela aislada se estendió subitamente hasta llegar á ser un conflicto general; y la circunstancia de que los kurdos del lado del Harutsch, los árabes nómadas del desierto y el populacho fanático de Damasco se presentaron desde los primeros asesinatos, hace suponer la combinación de un plan que tenía por objeto el asesinar á los cristianos. Los combates empezaron en los últimos días de mayo; los maronitas se defendieron poco ó nada, por cuya razón el atacar á los cristianos era un juego fácil para sus enemigos sedientos de sangre. Dejr el Makhallis, el convento más rico de la Siria, y los pueblos de Hadet y Bhabda, también muy acomodados fueron atacados los primeros. Los drusos no solo los saquearon, sino que asesinaron á sus pacíficos habitantes, cortando además las moreras y los olivos. Cuando estas escenas se continuaron por el Libano meridional, cuatrocientos cincuenta maronitas de ambos sexos y de todas edades huyeron hacia Sidon donde hay una guarnición turca. Los drusos persiguieron á estos desgraciados, asesinando hasta el último de ellos en lo cual fueron ayudados por los soldados turcos. En la carnicería que tuvo lugar en los pueblos de la parte occidental del monte, el bajá de Beirut se hallaba presente con seiscientos hombres considerando tranquilamente el combate hasta que concluyó y en el cual sus soldados rivalizaban con los drusos en el saqueo. El gobernador turco de Dejr el Kamar particularmente se condujo de un modo ignominioso; mandó á sus soldados que no tirasen ni un solo tiro contra los drusos que le asaltaban y contestó á los cristia-

nos que le pedían su auxilio que se auxiliasen ellos mismos. Estos se defendieron ocho horas, pero tuvieron que sucumbir porque no tenían agua para beber y les faltaban las municiones. Cuando entraron los drusos el gobernador de la ciudad dejó que redujeran á cenizas ciento treinta casas de los cristianos y que degollaran á todos los maronitas que pudieron coger. El emir druso de Hasbeya se condujo mejor; hizo todo lo posible para defender contra los drusos, aquel punto habitado por cinco mil almas; desgraciadamente cayó herido por una bala, después que sus tropas irregulares se habían pasado á los drusos asesinando á los cristianos á centenares y violando á sus mujeres. Después de esto, los drusos unidos con la bez de la población mahometana sitiaron el considerable pueblo de Zahlé; este pueblo habitado por diez mil almas, se halla solo á diez leguas de Beirut. En vano los cónsules generales de las grandes potencias instaron al bajá de Beirut para que enviase auxilio al punto amenazado; cuando mandó doscientos hombres con alguna artillería era ya tarde; Zahlé había sido tomado y saqueado y sus habitantes asesinados.

Las enérgicas representaciones de las grandes potencias en Constantinopla han hecho que Ismael Bajá sea enviado á Beirut con dos batallones. Los ingleses y los franceses se han apresurado á enviar buques de guerra á la costa de Siria. Se reprimirán los asesinatos, pero no es posible resucitar á los que han muerto ya, ni sacar de las cavernas del agreste Hauran lo mucho que el robo ha conducido allí. ¿Y quién asegura que semejantes horrores no se repetirán dentro de poco? En un país, como la Siria donde los soldados hacen causa común con los asesinos, y los empleados los proporcionan protectores que pertenecen al gobierno, en un país tal, no hay que pensar en una garantía para la conservación de una situación tolerable. Solo marchando de común acuerdo las grandes potencias y no apartando la vista del Libano, podrían remediarse estos males. Se hallará tal vez un medio eficaz, mas sin embargo tememos mucho que una de las grandes potencias, destruya la acción colectiva, tratando de aumentar su influencia particular en Siria. La Francia pretende tener un derecho de protección sobre los católicos de Oriente; Luis Felipe supo aprovecharse de él, y por medio de los lazaristas que sostienen misiones en Siria, hizo la propaganda para la Francia; Inglaterra opuso á los lazaristas, misiones protestantes que han trabajado con mucha actividad hasta el último tiempo. Ya en 1845 se hizo difícil la pacificación del país, por la rivalidad que había entre Francia é Inglaterra, rivalidad que creemos aun más difícil de acallar, ahora que la influencia francesa ha logrado nuevas ventajas en la Siria.

BAÑOS DE ALHAMA DE ARAGON.

Orillas del Jalon, rio de antigua y merecida fama, por ser aquel *Bibils*, en cuyas aguas templaban los antiguos españoles, sus espadas tan temibles para los romanos, se alza el pequeño pueblo de Alhama de Aragon, en cuyos términos se hallan los baños de cuya descripción vamos á ocuparnos.

Conocidos desde el tiempo de los romanos que le dieron el nombre de *Aquæ Bibilitanæ*, como los señala el itinerario de Antonino, fueron asimismo conocidos por los árabes que les llamaron *Alhama*, que en su lengua viene á ser lo mismo que baños. Su fama, que de tan lejos viene, no se ha eclipsado todavía; antes al contrario hoy que tan en boga se hallan toda clase de baños, hoy que se les preconiza como el mejor remedio para muchas enfermedades, siguen los de Alhama compartiendo con los de Cestona, Arechevaleta, Panticosa y demás el trabajo de volver la salud á los enfermos que van á buscar en ellos alivio á sus dolencias.

El pueblo que apenas cuenta de población más de seiscientas almas, está situado en una vega pintoresca y fértil en extremo, que se estiende suavemente, y va á morir á los piés de la pequeña montaña denominada la Serradilla, y nada en verdad tan bello como el castillo árabe que se ve en la punta meridional de esta sierra, y que presta al paisaje un hermoso aspecto.

La vega cubierta de árboles frutales, el rio cuyas turbias aguas sombream los álamos y los arbustos, las oscuras tintas de los lejos, los barrancos, las ágras crestas de la Serradilla, los viñedos que las tapizan y hermosean, la larga cinta de la carretera que blanquea entre los plantíos, todo contribuye á hermosear aquellos sitios en donde el enfermo debe hallar, no solo la salud del cuerpo, sino la tranquilidad que necesita su espíritu fatigado bajo el peso de los dolores físicos.

Efectivamente el paisaje es agradable, y no parece sino que los romanos, sensualistas en extremo, amaron aquellos sitios y los escogieron, al mismo tiempo que por la bondad de los salubres manantiales que allí brotan, por la hermosura de la campiña que se estiende á los piés de la pequeña población.

Consérvase todavía y á unos quinientos pasos del pueblo, algo de la fábrica romana, que aumentada posteriormente (1142) constituyó el único establecimiento termal que tuvo Alhama hasta el año de 1827, en que se construyó el otro segundo establecimiento, que son los que hoy existen.

No entraremos en la enojosa descripción de ambos edificios; poco importan para el caso, ni el número de las habitaciones que cuenta cada uno, ni los patios y galerías que les dan desahogo; como su arquitectura no sea ni con mucho una cosa notable, nuestros lectores nos disculparán semejante falta, en verdad bastante perdonable; pensarán semejante falta, en verdad bastante perdonable; lo que sí diremos es que estas aguas tan justamente célebres, han sido analizadas por el padre Clavera, jesuita, por don José Jordan, por el doctor don Diego Gaviria y otros, entre ellos don Ramon Marconel que dió un análisis mas completo y razonado que los anteriores, aunque no tan exacto como fuera de desear. La temperatura de dichas aguas en ambos manantiales es de 29° de Reamur, y tienen en disolución oxígeno y gas ácido carbónico. Contiene además cada libra de 16 onzas, 6 granos de sulfato de cal, 7 de carbonato de magnesia, 3'5 de hidrocloreto de magnesia y 5 de sulfato de hierro. Algunos le añaden el hidrocloreto de sosa. Son inodoras é incoloras, de sabor acidulado y de un peso específico igual al del agua destilada, untuosas al tacto, no contienen materias insolubles en suspensión, agitadas desprenden burbujas de ácido carbónico, y tienen las piedras de color verde.

Sus propiedades medicinales son grandes, lo mismo bebidas que en baño y los médicos las recetan en infinidad de casos cuya enumeración no es de este lugar.

Son estas aguas de las mas notables que tiene España y compiten con las de Seliz en Franfort, las de Luca y las de Mont-Doré, tan celebradas por los extranjeros. La concurrencia á estos baños es numerosa, aunque no tan grande como sería, á no ser España tan rica en aguas termales y poseer en ellas verdaderos tesoros medicinales. Además el pueblo, cuya campiña es pintoresca y agradable, no ofrece á pesar de esto grandes atractivos para los banistas. Su única iglesia gótica se examina en un momento, el castillo árabe que se ve en la Serradilla, á pesar de ser hermoso y estar perfectamente conservado, se visita en un día: quedále sin embargo á Alhama de Aragon, su rio de aguas turbias, á cuyas orillas se levantan los alamos, su té silvestre que perfuma aquellos lugares solitarios, su viñedo cuyas grandes hojas cubren y hermocean las agrias vertientes de la Serradilla, su vega angosta y cubierta de árboles frutales y las descarnadas crestas de la sierra que hiere el sol con sus rayos.

Este pueblo que guarda los recuerdos de sus antiguos señores los romanos, que lleva como signo de su nueva servidumbre un nombre árabe, tiene sin embargo una muy pequeña historia. Estando bajo el poder de los árabes, el rey Alonso I de Aragon le reconquistó en 1122, hé aquí todo. Bien es verdad que su escaso vecindario, es poco á propósito para tentar la ambición de los conquistadores, y estamos seguros de que á no ser por las grandes virtudes de sus baños, tan queridos de romanos y de árabes, el nombre de Alhama de Aragon no sería conocido mas allá de las sierras que le rodean.

**

EL LLANTO DEL JUSTO.

A MI AMIGO DON C. RIVERA.

ELEGÍA.

I.

Andaba mucho el pobre peregrino... andaba mucho, si; pero las abrasadoras arenas del desierto laceraban sus pies.

Y la bruma sofocaba su aliento.
Y los rayos del sol, que á plomo caían sobre su cabeza, hacían que sus miembros fuesen inundados por el sudor mas copioso...

Y que la fuerza le abandonase.
Y que la agonía de la muerte abatiese aquel cuerpo, ya débil y caduco por las fatigas y los años.

Solo la idea de Dios podía templar con su inagotable consuelo aquella copia de padecimientos, siendo para él un delicioso bálsamo, como lo es para las flores el rocío bienhechor, al desprenderse durante la noche en brilladores diamantes sobre sus corolas.

Blancas eran sus luengas barbas, tan blancas como la deslumbrante nieve de los Alpes.

Y blancos eran, también, los cabellos que rodeaban su frente con una aureola de santa mansedumbres.

Y era su mirada tranquila.

Y la mas sublime piedad se reflejaba en ella.

Y el llanto corría á mares de aquellos ojos, empañados con su transparente velo.

Pero aquel llanto no era producido por el desaliento y la desesperación.

Lloraba, porque aquel llanto le servía de consuelo.

Lloraba, porque aquel martirio le parecía una caricia enviada por el Eterno desde su trono de zafir.

Lloraba, en fin, porque se sentía el mas feliz de los mortales.

Y por eso, aquel llanto era el llanto del justo, que á través de tantas lágrimas ve ante sí abiertos por una eternidad infinita las puertas del Paraíso.

II.

¡Feliz aquel que nunca ha vivido para sí mismo!
¡Feliz el que consagra los mas breves instantes de su vida al inagotable manantial de la vida!
En Dios está la vida...
La vida es Dios mismo.
Porque de él la recibe todo lo criado.
Porque la vida es eterna, como es eterno el mismo Dios.

El da la vida á los hombres, y esta vida, este aliento de sí mismo que nos infunde, lo recoge al separarse de la materia; es suyo, si viene purificado, y si vuelve cubierto con el fango del crimen lo deshecha y abandona en las tinieblas de su olvido...

¡Feliz aquel que nunca ha vivido para sí mismo!
De Dios es la vida.
Solo debemos vivir para Dios.

III.

Débil y enfermizo es el cuerpo del hombre.
Las miserias y las fatigas le hacen sucumbir al mas leve soplo.

Pero el alma es grande.

Tiene por morada el infinito y un asiento cerca del trono de Dios.

El mar puede confundir al hombre, puede aniquilar la materia.

Y el fuego puede, también, reducirle á polvo, convirtiéndole en átomos imperceptibles.

Pero el mar, aun cuando se alce con toda su ira en sorprendentes montañas contra el cielo, vuelve á caer sobre su peso y se desploma al conocer su impotencia.

Y el fuego de mil volcanes reunidos se apaga y oscurece mas abajo de ese sol que alumbra el universo entero.

El hombre, despues del Eterno Ser, despues de la mansión que él habita, escede en grandeza á todo lo que encierra la suprema obra de la creación.

Ni el mar, ni el fuego podrán jamás, atravesando el inmenso espacio, arrastrarse hasta las gradas del trono de Dios.

Hasta el cielo solo puede llegar el hombre.
Allí está su felicidad eterna, allí le esperan un descanso y un placer inefables que no tendrán fin.

¡Dios es grande!...
Bajo sus piés, todo... Sobre su cabeza nada.
El vive en el infinito.

Suya es la vida...
Y Dios admite á su lado á los justos... y les colma de eterno bien!...

¡Dichoso el hombre que es justo!...
¡Dichoso el hombre que vive para Dios!

IV.

Ya los abrasadores rayos del africano sol van ocultándose poco á poco en el Occidente.

Y el cielo en aquella parte se viste de púrpura y de oro.
Y las auras corren y refrescan el ambiente, al pasar con los perfumes que recogen en lejanas tierras.

Y el peregrino llega fatigado al pié de un delicioso oasis, y bajo su sombra descansa.

Alza mil fervientes plegarias al Criador.
Y llora...

Pero como siempre, su llanto es el llanto del justo, que no puede espresar de otro modo su ventura.

Las oraciones que suben á Dios envueltas entre lágrimas, son las mejores, las mas agradables á sus ojos.

¡Bienaventurados los que lloran!

V.

El peregrino duerme, y duerme sobre la fresca verdura.

Y es su lecho mejor mil veces que el de todos los reyes de la tierra.

No le despiertan los cuidados.
La pesadilla del remordimiento no viene á turbar la paz de su sueño.

Sobre la cabeza de un rey pueden alzarse mil anatemas sangrientos.

Sobre la cabeza del anciano peregrino solo se alza la bendición del Rey de reyes.

Los reyes no lloran; porque no saben llorar nunca, porque su primeras lágrimas llegan á secarse ó las enjugar una vez con los pliegues de su púrpura, para no brotar jamás.

Y el peregrino llora siempre, porque no tiene púrpura para secar sus lágrimas.

¡Bienaventurados los que lloran!

VI.

La noche estaba quieta,
No hacia calor, pero tampoco dominaba el frio.
Bien pudiera decirse que aquella noche era la mas deliciosa noche de primavera.

El blando céfiro suspiraba dulcemente por entre las

ramas de las gigante palmeras, llenando de gratas armonías aquel venturoso oasis.

Una música estraña, como nunca pudieron percibirla los oídos del hombre, despertó al peregrino en su sueño.

Una aureola de fuego rodeaba su cabeza.

Una fruición divina estremecía sus miembros de la manera mas grata.

Miraba en torno suyo, como asombrado...
Creía soñar, que la razón le abandonaba.

Y alzó sus ojos al cielo.
Y vió un ángel que bajaba, y que en sus manos traía una corona de blanquísimas azucenas.

Y el ángel la colocó sobre su cabeza, y atrayendole hacia sí, le decía:

—«Dios premia tus virtudes.
Has sabido adorarle, y paga tu amor con una eternidad de gloria.

Ven, que te espera en su trono, rodeado de ángeles y de querúbes.
Tú eres justo...
Dios bendice á los justos.»

Y el ángel subió á los cielos, rasgando el espacio y estrechando entre sus manos las manos del peregrino.

Y mil coros repetían desde la altura:
«Dios bendice á los justos.»
—Bienaventurados los justos, porque de justos se rodea eternamente el trono del Señor.»

VII.

Amaneció el día.
El sol volvió á salir tan caluroso y sofocante como el anterior.

Las arenas quemaban.
Parecía que aquella atmósfera era una atmósfera de fuego.

El peregrino jamás volvió á salir de aquel oasis para continuar su penoso viaje.

¿Qué fuera del peregrino?...
Dios le llamó hacia sí...

Voló del mundo de las miserias, para vivir en la gloria de la inmortalidad.

¡Bienaventurado el que llora!...
¡Bienaventurado el que llora y es justo!

MANUEL VAZQUEZ TABOADA.

MAS VALE PRECAVER QUE REMEDIAR.

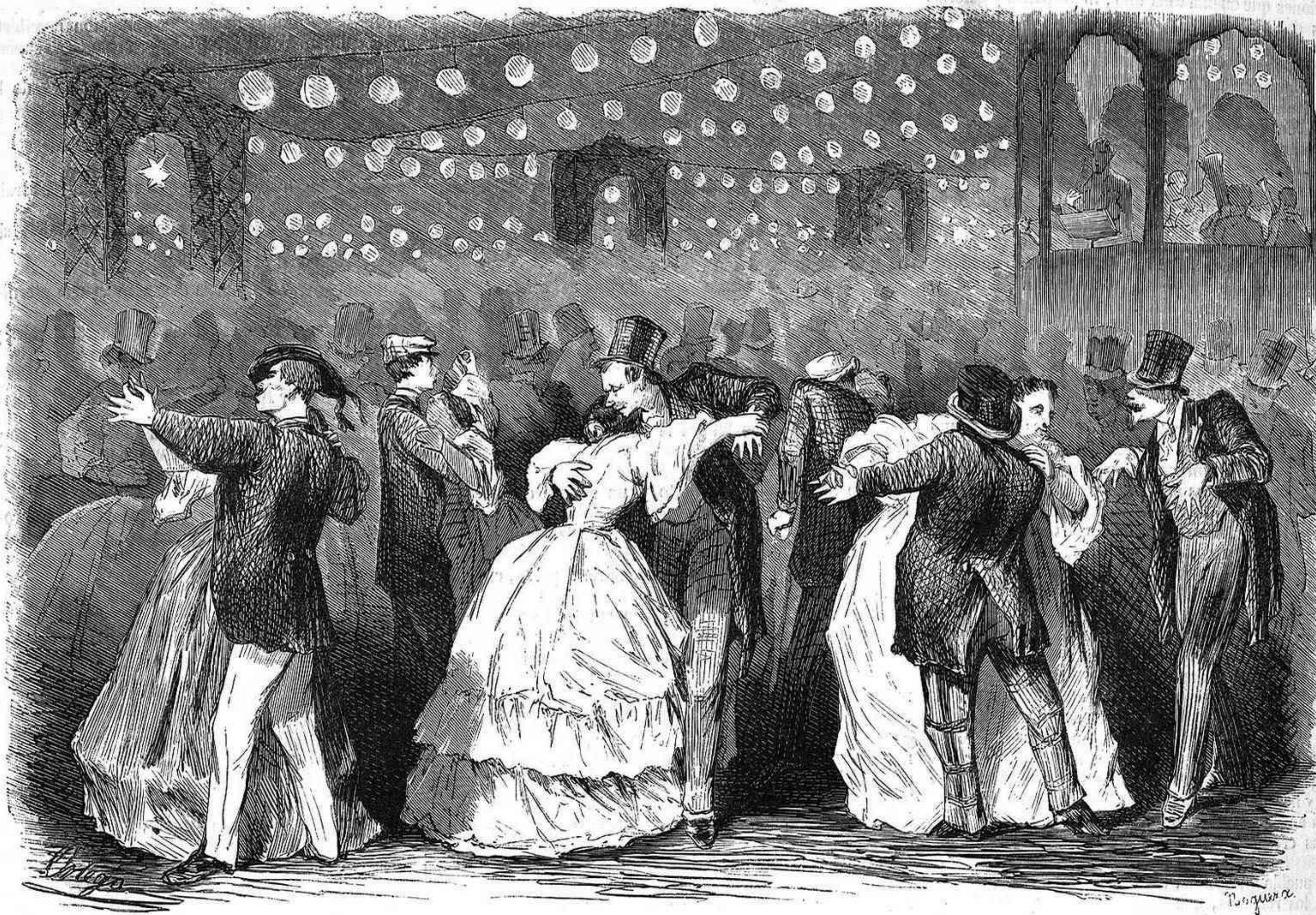
I.

Con el chambergo atrás á lo pastor, capa mas arrastrada que caída, brazos de péndola, mirar solitario y de perpétuo guiño, como tuerto de ley y pasos de palomino atontado, haciendo mas zetas en su camino que párvulo en las planas de su escuela ó amanuense andaluz de cartulario fariseo, en los perjeñados autos de lucrativo proceso, iba en una noche de marzo del año de gracia de 1613, destemplada como chiribitil de estudiante y parda como voz de sochantre en ayunas, un caballero sin mas caballo que el de San Francisco, aunque con trazas de hijo-dalgo, pues á pesar de la andrajosa cubierta del vicio, que dejaba al aire el hilo de sus torpes liviandades, hijo de algo debía de ser sin duda el vistoso atavío de su persona, revelado en la brillante hebilla de plata de su zapato, la finura del encaje de su golilla de Malines, y la ancha, rizada y enhiesta pluma de su sombrero genovés, amen de todas las demás prendas de su traje, pese al descortés refrancico de—El hábito no hace al monge,—que siempre los trapos han dado la medida de la importancia del que los viste á quien no ve un palmo mas allá de sus narices; miopia de que todos adolecemos un tantico á despecho de la filosofía del mas fanático secuaz del cínico Diógenes, dicho sea con perdon de la descamisada escuela filosófica.

Mi hombre, pues, y no hablo en plural, porque yo soy uno solo y bueno es no empezar mintiendo, para ahorrár á mis lectores el trabajo de esclamar al hallarse con la firma de este artículo—Si en lo que vemos nos quiere hacer el blanco negro—¿qué no hará en lo que sabemos por boca de ganso?—¿Si aquí nieva, que será en la Sierra?—Y tendrían razon para anegarse en ella los susodichos, y yo que tan mal no los quiero, que al prójimo como á tí mismo, diré continuando mi relacion, que el hombre de las zetas, habia bajado desde que lo encontramos, la calle de la Luna, y al llegar á la de San Bernardo, torció á mano izquierda sus retorcidos pasos, y oblicuándose luego un poco á la derecha, penetró en la *Travesía de la Parada*, que estaba á semejantes horas mas desamparada de ruido que de nombre, y mas negra que ventana narigal de tabacoso vejistorio.

Antes de que mi hombre se aventurase por aquella boca de lobo, como pasión no quita conocimiento, echó mano á su ropilla y desenvainando, no la toledana que salía sin que la llamasen, entrometerse en sus piernas para enderezarlas, avergonzada de la debilidad de su dueño, si no una linterna sorda, que á prevención llevaba para reemplazar sin duda en trances apurados, como

BAILE DEL ELISEO MADRILEÑO.



PROGRESOS DE LA CÔRTE.

el presente, á la linterna de su rostro, apagada á todas horas, desde que acrecentó con sus lágrimas las corrientes de este valle, y con cuya luz logró descubrir los agudos colmillos de las aceras que amenazaban su persona, poniéndonos al mismo tiempo á nosotros sus reflejos, en disposición de inquirir las dotes naturales de este aventurero, que salvo lo del ojo, casi nada le faltaba, por llevarlo como quien dice en la mano, para ser un gallardo mozo; antes al contrario sobrábale el acotrado pico de su nariz desvergonzada, que á no ser por este inoportuno aumento de sentidos, ó mas bien, de recipiente olfatorio, ancho espejo donde se reflejaba, con amorado tinte, su esquisito amor á la fruta de Noé, nada hubieran tenido que echarse en rostro las partes constituyentes del rostro de mi mancebo.

La luz de la linterna, pareció iluminar por un momento el enmarañado ovillo de sus ideas, porque deteniéndose á la entrada de la calleja, arregló sobre sus hombros la enlodada capa, que de escoba de villa habia servido en el trayecto de su marcha, calose el chapeo encima de la oreja izquierda, posó la mano idem en los gavilanes de su espada y adelantó por la acera con mas firme planta, canturreando por lo bajo, en tono de seguidilla, una obscena sátira del mordaz Villamediana, hasta que habiéndose ido el santo al cielo, con su entusiasmo rufianesco, olvidose seguramente del objeto que allí le encaminaba y no alumbrando para él los rayos de su linterna, mas que los de su razon en aquel instante, topó de manos á boca con unas tapadas, que escondidas en los anchos pliegues de sus mantos, y como en acecho de alguno estaban ya hacia largo rato arrimadas á la pared, sin chistar ni paular, cosa estraña en las hembras de todos los tiempos.

—¡Quién va!—gritó el calamocano, retrocediendo y dejando caer la linterna, que gracias á la fortuna de los pintones, no se apagó con el golpe.

—Repórtese usarced señor don Carlos, y antes desnude la lengua, que el acero; pues al enemigo con quien tendrá que habérselas, mostrarle debe el habla, libre como el pecho, para no vender con la torpeza de sus palabras, la emboscada de sus sentimientos, dijo adelantándose una de las recatadas damas y recogiendo del suelo la linterna, que aproximó resueltamente á la faz del llamado don Carlos.

—Sí, vos sois, prosiguió despues de haberlo examinado muy á su sabor, sin que el caballero diese con el vidrioso cristal de su único ojo, el menor destello de pesar ni contrición, por la tormenta que presagiaba el tono con que la mujer le habia interpelado.

—Vive Cristo, mi señora doña Estrella, que por las que ahora alumbran desde el cielo el de vuestra hermosura sin rival que no os habia conocido.

—Hubiéraislo intentado mucho tiempo antes y de ese modo ahorrárais á entrambos la pena de un desengaño, á vos por las citas y billetes que me habeis dado y escrito en pos de una esperanza loca, y á mí, por la confianza que llegué á tener en vuestras promesas, falsas como vuestros pasos, livianas cual vuestro pensamiento.

—Pero, vamos claros, señora mia, ¿quiere esplicarme sin ambages ni circunloquios, que no estoy en camino de traducir, lo que significa, en esta para mí desventurada noche, ese tono de dómine gruñon, con que estais dejando mal parados mis oidos desde que nos hallamos frente á frente en nuestra cotidiana cita?

—Significa señor don Carlos que se os cayó la piel de Leon con que alucinásteis mi inesperienza y he visto las orejas al lobo, por no decir el verdadero nombre del personaje de la fábula de Esopo á quien os comparo en este momento.

—¡ Señora! no es de esclarecidos linajes poner á prueba la hidalguía de un caballero, ni el lenguaje que empleais para reconvenir la falta de que aun no me doy cuenta es el que mejor cuadra á los labios de una dama que por tan principal quere pasar á mis ojos.

—Al vuestro, caballero, no empecemos disfrazando la verdad.

—¡ Y asi me hablais, doña Estrella!

—Sacad la espada norabuena y castigad mi demasia si os place, aunque solo atendais á los instintos de vuestra razon estraviada, porque de este modo habreis puesto el colmo á la iniquidad de vuestras acciones.—Chistoso es por demás que quien viene de una orgía se ofenda de las justas palabras de una doncella ultrajada y tenga que taparse los oidos para no ruborizarse.—Acabemos de una vez, don Carlos.—Habeis jugado conmigo con cartas señaladas, he visto despues el desleal teje maneje y me retiro.—¡ Por quién me habeis tomado para pretender con músicas de alborada y recados de dueñas y pajes, y paseos á caballo por delante de mis ventanas, dando que decir á los demás, sojuzgar mi corazon y atraerlo hácia vuestras redes, si estaban llenas de tórtolas infelices, cuyas plumas os entreteniais en arrancar, para que sirviesen despues de alfombra á los piés de vuestros amigos, en la impura estancia de sus desenfundadas bacanales?—Llegué á teneros un poco amor, seducida por las emponzonadas flores de vuestros galanteos; pero gracias á mi suerte, no ha llegado el veneno de su caliz á asfixiar las facultades de mi entendimiento, y don Carlos de Lara no podrá jactarse en público pregon de que doña Estrella de Pome ha llegado á entrar en la noble gerarquía de sus inmundas mancebas.—Adios señor don Carlos.—De cuerdos es evitar, sin saña, las consecuencias de un error y mire por qué tomo á risa desde el principio un asunto hartó enojoso para mí.—

Que el cielo os dé mejor fortuna en otra pesca, que en la presente no mordió el pez el anzuelo.

Diciendo esto, arrojó la tapada al suelo la linterna que del choque se hizo mil pedazos, y con leve pié, alejose del sitio de la entrevista, seguida de su compañera.

Quedóse don Carlos dos veces ciego, de luz y de furor, que nada hay que altere tanto nuestro espíritu, como el hallarnos defraudados en nuestras esperanzas y cogidos en el garlito de nuestras miserias; por lo que fue tanto lo que se corrió de verse burlado en sus asechanzas el caballero, que se puso al instante en persecucion de la tapada, echando sapos y culebras por aquella boca y con no muy santas intenciones.

—Por vida de tantos y cuantos que me las has de pagar, gruñia entre dientes el mancebo, dando cada traspie capaz de despedrar la calle, hasta que parándose delante de una casa, que se le antojó ser la de su pretendida doncella.

—Aquí es, dijo esforzándose por mantenerse firme.—Voy á escalar sus ventanas y donde quiera que la encuentre desde ahora hago el solemne juramento de sellar con mi diestra labios que mancillaron el lustre de mi fama; y el escándalo de este suceso, cayendo sobre la frente de quien abusó de la impunidad que le diera mi hidalguía, me vengará cumplidamente del agravio que por primera vez recibo de una mujer insensata.

Y con tan buenos propósitos que ponen de manifesto, los puntos que en el de caballerosidad calzaba nuestro héroe, á pesar de llamarse de Lara, empezó á trepar por una reja y hallando abierta la ventana del piso superior, entróse de rondon en un aposento iluminado débilmente por una mariposa ó siquier lamparilla, que resplandecia con tristeza, en una rinconera de la habitación.

Pero Dios que en sus altos juicios dispone las cosas de un modo muy distinto del que el hombre se propone, hizo que don Carlos equivocase en su rabia y en el lastimero estado á que el culto de Baco le reducía, la casa de doña Estrella, librándela asi de la mancha que sobre su limpia reputacion pretendia arrojar aquel desalmado, y que se introdujera en la de un hábil tintorero, á cuyo taller iban todas las descoloridas granas de la Plaza Mayor que merced á sus hábiles tintas, volvian á las tiendas de los mercaderes, con un color mas subido que el que traieran de las fábricas.

(Se continuará.)

JOSÉ J. SOLER DE LAFUENTE.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.